

CHARLAS de actualidad

DIALOGO CON AZORIN

Cuando el escritor agoniza y se hace espectador de cine

MADRID tiene, además de sus grandes atractivos urbanos y de su historia, el aliciente de que al desembocar una calle podemos tropezarnos con los grandes hombres populares famosos. De esto no nos damos cuenta hasta que un día tomamos un tren y nos vamos a una provincia. Allí la distancia es suficiente para que esos mismos hombres a los cuales hemos nombrado por el teléfono en Madrid, para concertar una visita, nos parezcan casi dioses con los que hemos soñado.

Esto viene a cuento precisamente, porque hemos ido esta tarde a casa de Azorin. No estábamos seguros de que pudiéramos recibirnos. Había tenido días atrás unas ligeras molestias, gripales. Marcamos el número de su teléfono, 21-06-45. Una doncella nos dijo que pasaría el recado y al poco la voz de Azorin se oyó al otro lado del hilo que nos nombraba por nuestros apellidos.

A las seis ya estábamos frente a él, en la misma salita de siempre, ante la misma mesa camilla, con el mismo tapete, que Azorin tiene la costumbre de abarquillar con los dedos mientras habla.

Esta tarde hemos querido hacerle una entrevista íntima. Una entrevista en la cual no le preguntamos para nada esas preguntas obligadas sobre literatura. Nos limitamos a conversar sobre su vida íntima, sobre sus quehaceres, ahora que no hace nada, o que parece que no lo hace.

--Se levanta normalmente, querido Azorin...?

--Me levanto dos veces. Una a las tres de la madrugada y la otra a las ocho. Me acuesto cuando he concluido mis cosas. Ahora leo toda la mañana.

Hablamos de lecturas y de lecturas.

--Ahora estoy releendo a Ortega y a Baroja. Son los escritores nuestros universales. Y,



AZORIN
en su biblioteca

como extranjero, Stenhal. He leído la vida del Cardenal Fleiry. Fué ministro de Luis XV. Entró en la política muy tarde, a los sesenta y tantos años; pero estuvo gobernando hasta que murió, a los noventa.

Había Azorin del mismo modo que escribe, como si estuviera dictando un artículo a un secretario. Habla casi pronunciando los puntos y comas, los puntos y aparte y hasta la ortografía de los nombres y apellidos extranjeros.

--Me gusta leer biografías. Prefiero sobre todas, las escri-

tas por el Conde de Romanones. Es un escritor, que además de serlo aporta su experiencia como político.

--¿Qué vida hace; aparte de la puramente literaria?

--Le diré a usted que las horas de las comidas son invariables. Almuerzo a las doce y media. Hasta la noche no tomo más que un limón cuando regreso del cine. A las siete y cuarto ceno muy frugal. Por la tarde dedico por lo menos tres horas al cine; veo dos películas todos los días y creo que entre todos los cines el más perfecto es el Inglés.

Le preguntamos que si no escribe algún nuevo libro.

--No escribo. Me parece cada vez más difícil el arte de escribir porque cuando se llega a mi edad se tiende a la condensación y la condensación es fatalmente la elipsis. No sólo ha de suprimir usted los enlaces tradicionales de cláusula a cláusula sino aun dentro de una oración suprimir vocablos inútiles. En resumen: eliminación de adornos vanos.

Sin que entre en la conversación, pero señalándose las cuartillas con el dedo, para que tomé nota, Azorin me dice la película que mejor le ha parecido de todas cuantas ha visto. Es un raro empeño este que Azorin tiene con el cine.

--Una de las películas que más me han gustado por su perfección es "Hedda Gabler", inglesa, hecha sobre motivos de la obra de Ibsen. La parte técnica

es una maravilla. Todos los actores son prodigiosos.

--¿Y por qué su fiebre cinematográfica?

--Hará unos cuantos años que voy todas las tardes al cine. El cine es lo eterno continuo. Todo es efímero: los actores, las películas, los procedimientos.

La conversación se ha enganchado en la noria del cine. No hay manera humana de que pueda hablarse de otra cosa. Más que ante un escritor nos parece que estamos ante un profesional. Es una excesiva preocupación.

--No. Es un descanso mental. Si no estaría toda la tarde leyendo. Además para mí lo principal es el actor en el cine. Los ingleses y los norteamericanos me parecen los mejores actores.

No recordamos a Azorin con gafas. Le preguntamos que si las usa.

--Para ver de lejos sí; para leer, nada.

Terminada la entrevista salimos hacia la puerta. Azorin nos cede el paso. Nos negamos a tomarlo. El, con una corteza antigua, casi militar, se queda rígido ante nosotros, con la cabeza levantada, sosteniendo su actitud. No hay más remedio que pasar.

Desde lo alto de la escalera queda Azorin con la mano en alto, despidiéndonos, diciéndonos adios como apoyándose en la baranda de un trasatlántico que se hiciese a la mar.

Mariano GOMEZ-SANTOS